

Puede establecer las bases programáticas de un poema interior, alegórico y real al mismo tiempo, en "Osip Mandelstam. Réquiem para un disidente en sus palabras". Allí se vinculan los hombres, a través del tiempo y del espacio, de la historia y del mito, de la realidad real y de la ficticia para que el canto se aproxime paroxísticamente, se vuelva un acto de la Humanidad, un acontecimiento poético de la Historia.

Carmen Orrego es aguda, lúcida, mide lo necesario y no se prodiga jamás. Es obstinada, cuando el poema lo requiere, y se calma, temperando la atmósfera cuando propone la intimidad como un elemento que da fuerzas al poema, en uso de la sugerencia y de los efectos de sordina.

La naturaleza ensaya formas, siempre supo combinar el color y la construcción. Carmen Orrego imita a la naturaleza, de modo muy suelto y eficaz. No tiene interés en acumular incertidumbres, sino en dejarlas puestas al hilo del agua, permitiendo que ellas fluyan en un sólido acto de verificación, el de la vida.

"Veintiuno y otros poemas" es una poda espiritual y tiene algo de tala, una voluntad de talar hasta que el tiempo termine su juego dramático. Lo que se cosecha a manos llenas es fruto de un acto de amor y de una muy hermosa voluntad de elipsis. Algo difícil ("si no sueño no escribo") es la explicación de la escritura. Lo hace a cada instante, buscando respuestas. Tratando de definirse al definir la palabra que emplea, buscando en ella una ruta, una línea y una expresividad que agote la experiencia.

Lo que toma carácter de fundación es la conciencia de una forma que arranca del caos, que describe un mundo, reinventándolo a partir de un constante Segundo o Tercer Día de la Creación, cuando las cosas comenzaban a orientarse, a tomar forma, a idearse como un proyecto de lo real, en medio del patrimonio de la desmesura y del sentido cósmico, adhiriéndose a una historia.

Eternizando ese tiempo, Carmen Orrego quiere dar un reciente testimonio de él. Muy severa y platónicamente:

*"El diálogo renace en la penumbra
La penumbra se enciende en tu palabra
La palabra ilumina la sombra".*

¿Qué más podría pedirse a alguien que de la oscuridad va hacia lo claro, con luz propia, con voz original y originaria?

ALFONSO CALDERON

<https://doi.org/10.29393/At447-21ROAC10021>

EL RODEO Y OTROS CUENTOS

por Ester Matte Alessandri

Ediciones Extremo Sur, 1982

Algunos de los relatos que se reúnen en *El Rodeo y otros cuentos*, esta reciente obra de Ester Matte Alessandri, no son nuevos: el que da el título al volumen, *Un Caso y Aurora*

González pertenecen a los libros *La Hiedra*, aparecido en 1958, y a *Otro Capítulo*, de 1963. Los demás son cuentos inéditos y prolongan la capacidad narrativa de la autora.

Aunque el cuento hispanoamericano soporta aún ciertos andamiajes heredados del realismo costumbrista de fines del siglo pasado, es evidente que la narrativa contemporánea chilena ha querido —y logrado— trascender estos acotamientos históricos. Esta tentativa es clarísima en los autores que publican sus primeras obras alrededor de 1950 y en algunos exponentes de las generaciones inmediatamente anteriores. Es palpable cómo en ellos el relato surge construido con acoplamientos poéticos y, en no pocos casos, con elementos que le llegan desde el ensayo o del periodismo.

Por sus halagadores resultados, comprobamos que no fue en vano que la literatura universal de nuestra época haya buscado contactos con un mundo de realidad más profunda. La obra de Joyce y Kafka, por ejemplo, ensanchan las propiedades cotidianas y, en hispanoamérica, Borges y la nueva narrativa argentina, la que sumada a Carpentier, García Márquez y otros, sacan la novela y el cuento de ese padrón del realismo costumbrista antes mencionado.

Hemos hablado de ensanchar porque estos intentos, si son renovadores, si atraen relaciones, mantienen plena la circunstancia del acuciamiento del medio. El personaje, el paisaje, la objetividad ambiental, no han cambiado en sí sino en sus conexiones y tratamiento. El mar, la montaña, el llano, se presentan como siempre, tal cual son y han sido, pero los sucesos y las cosas con que el hombre convive nunca han estado más en coyuntura con su realidad existencial.

Ester Matte no ha escapado a estos vínculos epocales y su prosa recoge estas ligaduras táctiles. Su literatura está dispuesta a vivir esta situación que encuentra y su sensibilidad, aumentada por ese filón poético que la recorre, no deja atrás ni de lado el estilo, el suspenso y la profundidad vivencial que toda obra que intente trascender debe portar como carta de presentación para establecer su pertenencia.

Este neorrealismo maduro que se observa en los relatos de Ester Matte sale de una fuente importante: la observación aguda de la existencia circundante, de la más próxima, aquella que la acerca a los seres y las cosas por dentro, a un verismo subjetivo. Esta circunstancia que se apoya en un fino temblor poético, encaja en un ritmo y un suceso extraído de hechos que también protege la fantasía.

Al aparecer *La Hiedra* advertimos que el libro contenía un proceso de literatura esencialista, en la cual los hechos, que mantienen una vinculación existencial, eran narrados con un manejo decantado del lenguaje. Nos complacía ver cómo la autora se agregaba a nuestros prosistas con un repertorio generoso, en el que sobresalían síntomas de espontaneidad afirmados en una sensible vigilancia de las esencias nobles de la vida. Súmese a ello una gratuidad en que se agrupaban ideales de justicia, de bondad, de fraternidad, mostrando un estilo de vida que se ejercita en la simplificación de los acontecimientos. Era a la vez evidente que traía un parentesco con las filosofías de la existencia y sus literaturas afines, llámense éstas Sartre, Camus o Beauvoir, o con ciertos círculos de pensamiento más herméticos y que ello la llevaba a encontrarse con temas y motivos particularmente humanos, desprovistos de toda causalidad adventicia.

No fuimos los únicos, por cierto, en hallar estos tonos relevantes en los relatos de Ester Matte. Enrique Lafourcade, con su agudo golpe de vista, pudo comprobar, también, estas virtudes, al que se suma más tarde, al aparecer *Otro Capítulo*, Hernán Díaz Arrieta, quien no escapa al estímulo que la obra provoca.

Los seis cuentos de este libro prolongaron las cualidades de *La Hiedra*, las que en él se hicieron más nítidas y progresivas dentro de una madurez literaria inobjetable. Los relatos de *Otro Capítulo* mantienen el dejo, avanzan en calidad y son predominantes en ellos los problemas que brotan de los hechos mínimos, de franjas de la vida que son reales, de experiencias que nos llegan porque son capaces de llegar.

El cuento *El Rodeo* se desarrolla dentro de una trama simple que retrata un episodio del campo chileno. En él resalta la capacidad analítica de Ester Matte, el tono de radical soledad con que envuelve los personajes, el fondo alégorico de la trama no obstante la fatalidad que la rodea. *Aurora González* es otro relato que adquiere relieve porque la autora consigue atraer nuestro interés por los trazos de realce humano con que describe a la protagonista y el ambiente que la rodea. Es la figura de una mujer simple, que se nos adentra por constituirse en un ser real, auténtico, que se recorta y nos deja su imagen de sencillez, un ser que no se separa de una particularidad que le es propia y, por ello, veraz a toda prueba.

Es aquí donde nuestra escritora proporciona buena muestra de sus grandes dotes de narradora, sus condiciones innatas, a nuestro juicio aún no plenamente explotadas: a lo esencial de la trama, que desenvuelve un motivo vivencial corriente, se une una inflexión de lenguaje preciso, en el que no se observan estridencias, estiramientos impropios, contorsiones sin razón de ser. El relato es así sólo lo que necesita ser, presentar un hecho habitual de la vida conducido por un cordón de tenuidad que lo hace lograr lo principal: despertar interés.

Un cuento donde se aloja la vida misma es *Rosarito*. Es el desmoronamiento de la realidad con algo de fragilidad kafkiana que trasciende en los personajes, seres sometidos a la oscuridad de la vida que el relato sostiene por la sinceridad del desarrollo. En *Personajes de un Personaje*, Ester Matte logra, igualmente, gratos aciertos en un matiz coloquial sobre el tema, el que se despliega alrededor de los acontecimientos que ocurren en torno de la Plaza de Armas. Es un relato bien hecho que muestra admirablemente la atmósfera que quiere suscitar, las evocaciones a que incita y su permanente impacto de sinceridad.

El Rodeo y otros cuentos es una obra que nos hace reflexionar de nuevo sobre la capacidad narrativa de Ester Matte, en ese eximio poder de adelgazamiento de la realidad que exhibe y que no es otra cosa que el desplazamiento de un poder poético unido a un sentido de observación significativo, suma de condiciones sobre las cuales no es necesario insistir porque se encuentran muy a la vista.

ANTONIO CAMPAÑA